

# La teoría del zombi

Por Manuel Guillén

[guillenfree@yahoo.com.mx](mailto:guillenfree@yahoo.com.mx)

*La actualidad de los zombis está más allá de su posición mediática exitosa y reiterativa; de su bagaje campy (Romero) o postpunk (Baker) y de su dudosa plasticidad, muchas veces ligada al cine de bajo presupuesto o al efectismo alarmista. Por lo contrario, su efervescencia contemporánea hunde sus raíces en un estado civilizatorio anómalo, en el que el desenfreno se ha desbocado no de maneras estéticas y libertarias, como pensaron Nietzsche y los románticos hace ya mucho tiempo, sino de formas violentas y macabras. El creciente desarrollo deshumanizador es el pozo de donde la figura del zombi adquiere los nutrientes que le dan espesor simbólico. Dentro de este contexto general, la actual situación nacional, en la que es posible identificar una guerra civil de facto, ha conformado un escenario desbocado afín a la imaginaria de los muertos vivientes, con sus rasgos característicos de irracionalidad, anti humanismo y ferocidad ciega. A continuación se intentan dar algunas claves de dicha ligazón social y simbólica.*

**1** En la viñeta cumbre de la novela gráfica *The Walking Dead* (Image Comics) de Robert Kirkman (ahora también una excelente serie de televisión), el oficial del condado de Cynthiana, Kentucky, Rick Grimes, entra a caballo por la autopista 85 a la ciudad de Atlanta, Georgia, hacia donde se ha dirigido en busca de su familia. De su lado izquierdo, en el sentido que sale de la ciudad, algunos vehículos abandonados, varados para siempre sobre el asfalto quemado. A su derecha, una parvada de buitres sobrevuela la tierra yerma. Por donde él cabalga, la carretera vacía, detenida en la tarde vaporosa, suspendida en el espacio inmóvil de un mundo futuro posible, a un tiempo páramo y tumba, línea recta despojada de toda vida. De frente, como horizonte irrebasable, la estructura ciclópea de la megalópolis del sur: el inconfundible confín de rascacielos de la metrópoli espejo de su nombre. Sólo que la realidad está al revés. El espacio de sentido, la imagen del mundo que sostenía a la ciudad en su imparable vigor, rutilancia urbana incontenible, ha dejado de existir. La razón de ser del sistema-mundo entero ha devenido en inexorable sin razón. La pegazón social que, contra todas las probabilidades, hizo girar la interacción humana cada día sin cesar durante un tiempo inmemorial, finalmente se ha sumergido en el mar de lo imposible; oscuro océano donde converge todo lo que únicamente fue conjeturado. Verdadero reino de lo real (ya que

lo otro, la sociedad, es una excepción chocarrera en el tiempo del universo), reflejo profundo del desierto cósmico, universo sin vida, sin inteligencia, sin racionalidad, sin sociedad.

Atlanta está plagada de zombis. Las calles céntricas de la alguna vez rutilante ciudad sureña se han convertido en un basurero desolado. Nido de cuervos y de buitres, vagan sin rumbo por ellas turbas de infectados (muertos vivientes) pudriéndose día con día, siguiendo el impulso primitivo de hacerse con carne fresca para sobrevivir. La totalidad de la cuadrícula central de la metrópolis es como una especie de fotografía de los últimos momentos antes del colapso definitivo. Automóviles abandonados, negocios cerrados y habitaciones desamparadas con la disposición detenida de lo último que hicieron sus moradores antes de huir a toda prisa. Un espacio urbano convertido en un cementerio al aire libre. En el volumen uno de la serie, una viñeta a toda plana refleja con exactitud tal estado de cosas. En primer plano una multitud de zombis; hacinados, mosqueados, con los ojos agusanados, las bocas convertidas en fauces. A la mitad de la página, la parte frontal de un tanque olvidado; sobre la punta del cañón un cuervo atento a su derredor, y coronando la máquina de guerra abandonada, el cadáver mutilado de un soldado de la Guardia Nacional de los Estados Unidos de América, alimento proteínico para la muchedumbre de muertos vivientes que lo circundan. Es la escena del sistema social vuelto girones, desgarrado en sus entrañas por un poder irrebasable que lo cortocircuitó desde la médula, haciendo que su rehechura sea prácticamente imposible, por más que puñados de sobrevivientes se aferren aquí y allá a los hilachos del mundo que fue. Seres temerosos y nostálgicos que configuran el aliento último de un orden vital en retroceso acelerado hasta su final extinción.

**2.** Los zombis están de moda. Más allá de una vuelta de tuerca en el espectro de los productos industriales del entretenimiento globalizado, que sin duda lo son, su explosión mediática actual está ligada a un estado civilizatorio específico. Al advenimiento de la neobarbarie mundial. Lo que parafraseando al filósofo alemán Peter Sloterdijk podemos llamar la era de la desinhibición globalizada.<sup>1</sup> En este sentido, la imaginería zombística está íntimamente ligada al subgénero del *cyberpunk*. En la medida que plantea un porvenir atroz cuya materialización cuenta con todas las

---

<sup>1</sup> En su obra *Normas para el parque humano* (Madrid, Siruela, 2006), afirma que “En la civilización de la alta cultura los hombres se ven permanentemente reclamados a la vez por dos grandes poderes formativos que, en pro de la simplificación, aquí llamaremos sencillamente influencias inhibidoras y desinhibidoras...”, p. 32, y “En la cultura actual está teniendo lugar una lucha de titanes entre los impulsos domesticadores y los embrutecedores y entre sus medios respectivos. Y ya serían sorprendentes unos éxitos domesticadores grandes, a la vista de este proceso civilizador en el que está avanzando, de forma según parece imparables, una ola de desenfreno sin igual”, p. 72.

probabilidades a favor. Es el paso siguiente en la desaforada lógica del desarrollo de nuestra civilización. En este sentido, el filósofo estadounidense Fredric Jameson ha identificado dos características fundamentales del subgénero<sup>2</sup>: su construcción como reducción al absurdo del naturalismo y su erección como prognosis de la inminente desaparición de la sociedad burguesa, que durante tanto tiempo ha sido llamada, eufemísticamente, “sociedad civil”. Si uno de los elementos primordiales del naturalismo clásico fue subrayar las fronteras entre la vida del arrabal y la vida burguesa para, en buena medida, reforzar las seguridades de auto percepción social del grueso de sus lectores burgueses, el *cyberpunk* retoma el estilo y reproduce en parte el esquema naturalista, aunque en clave disgregadora. Presenta así un mundo al borde del caos, la desesperanza y la anomia en el que todos somos vulnerables y excéntricos. La ebullición de paranoia, pérdida de sentido y desintegración social que el género machaca en sus más acabados momentos, lo ha consolidado como la tierra más fértil para la condena de nuestros tiempos, cuya acelerada decadencia no parece dirigirse a una edad diversa de la que la sombría perspectiva del hijo rebelde de la ciencia-ficción clásica hace patente.

El tipo de alegoría recurrente en el abanico de manifestaciones de la ciencia-ficción umbrosa remite entonces al colapso y posterior desintegración de los vínculos sociales de cuño ilustrado. Al cierre definitivo de la institucionalidad humanista de la Modernidad con sus pilares racionalistas, normativistas y progresistas. A un momento de quiebre histórico en el que la época siguiente a la nuestra está determinada por un proceso anticivilizatorio sostenido. El retorno de los tribalismos, la regeneración de los atavismos mitológicos y el desmantelamiento de las luces del entendimiento que progresivamente se encendieron desde el siglo XVIII europeo. La venganza de los dioses y sus supersticiones concomitantes. El reino de la violencia desmedida y el restablecimiento sin cortapisas de la ley del más fuerte en todos los ámbitos de la vida. Una verdadera era de neoscurantismo tecnologizado. Los zombis entran así en escena como los talismanes de esta época oscura y convulsionada. Carentes de racionalidad, agresivos, cortos de miras, con solo vagas reminiscencias del humano que fueron, son la máxima encarnación del hombre como depredador de sí mismo. Son los seres post-humanos por excelencia. Atacan, devoran, infectan a sus víctimas y se multiplican sin cesar. Pueblan atroces un mundo hecho añicos sin posibilidad de dar marcha atrás.

---

<sup>2</sup> Véase su obra *Las semillas del tiempo*, Madrid, Trotta, 2000.

3. En su libro *Ciudad del crimen: Ciudad Juárez y los nuevos campos de exterminio de la economía global*, el periodista estadounidense Charles Bowden realiza una inmersión en la otra cara del mundo. Un plano social donde todas las seguridades civiles han desaparecido. Donde el quebranto de la vida burguesa la ha llevado a una acelerada desintegración sin principio de resolución. No es que ésta se haya difuminado por la imposición de una maquinaria totalitaria que la hubiese subsumido en su racionalidad tecnocrática unidimensional, como ocurriera en Sudamérica hace poco más de una generación; sino que ha sido arrasada por la acelerada fragmentación de la civilidad, arrollada inexorablemente por la explosión multipolar de la barbarie.

El ambiente social corroído de la ciudad proporciona al investigador de campo un atisbo del futuro. Un porvenir *cyberpunk*: “Imagina durante un momento, otra cosa; no una nueva estructura, sino más bien un patrón, un patrón que no tenga arriba y abajo, ni centro ni periferia, ni jefe ni subalterno entregado. Piensa en algo como el mar, algo líquido sin rey ni corte, sin jefe ni cártel. Renuncia a la forma normal de pensar”.<sup>3</sup> El entramado de seguridades del estado-nación tradicional se disuelve en una marea indómita que todo lo engulle en remolinos incesantes de violencia inaudita, de desenfreno de las pasiones, de cumplimiento a toda costa de los más básicos instintos, del retorno a una edad premoderna. Si el estado de licuefacción societal de la época postmoderna obtiene sus características singulares en el hiperconsumo, la banalización de la identidad subjetiva y la transformación de los valores solidarios en valores de recambio en las poblaciones del Primer Mundo<sup>4</sup>, en los bajos fondos del Tercer Mundo, todo ello se encuentra agravado por la debilidad formativa del grueso de la población en los niveles económico, educativo y moral, teniendo como consecuencia feroces procesos disgregadores que, según las evidencias disponibles, parece que no son exabruptos en el sistema social, sino el principio de un tejido humano diverso al que hemos conocido hasta el día de hoy.

En este medio convulsionado, donde impera la más desaforada desinhibición, en el que “todas las propuestas para solucionar la pobreza, la migración y la delincuencia han sido borradas por olas de sangre”<sup>5</sup>, se ha edificado un mundo paralelo de aquel que la racionalidad occidental construyó frágil y paradójicamente durante siglos, dotándolo lo mismo de razones humanistas que utilitarias. Ahora

---

<sup>3</sup> Véase, Bowden, Charles, *Ciudad del crimen: Ciudad Juárez y los nuevos campos de exterminio del capitalismo global*, México, Grijalbo, 2010, p. 134.

<sup>4</sup> Sobre el particular, véase Bauman, Zygmunt, *Vida líquida*, Barcelona, Paidós, 2006.

<sup>5</sup> Ídem, p. 129.

hay, en cambio, una nutritiva placenta de seres y relaciones antihumanas atrofiadas. Un universo en expansión que trastoca las concepciones que de las personas, la convivencia y la ley se han tenido hasta ahora. No es sólo que la fuerza bruta la ejerzan de manera implacable quienes se han hecho con nichos de poder a fuerza de balazos, o que exista un regreso sin freno a la ley de la selva, sino que hay una subversión de valores completa, en la que el desprecio por la dignidad humana y todos sus avatares es el principio rector de toda interacción posible. La subhumanización comienza desde los cimientos de la cotidianidad, con el alzamiento de enclaves vitales aberrantes: “Las casas son un caos de tablas, carretillas, vigas, barras, bobinas de cable, llantas, colchones, bloques de hormigón, postes, chatarra, carrocerías, viejos autobuses oxidados, piedras, madera podrida, lonas, bidones, tanques de aguas negras para los desechos, cubos de plástico, tela de alambre vieja... este barrio se alimenta de lo que la ciudad desecha”.<sup>6</sup> Por supuesto, Bowden describe los jacales de una barriada miserable de Ciudad Juárez, pero es desde esos lugares donde ha se ha expandido la infección del modo de vida postcivilizado. Enfermedad sin duda confeccionada en otra parte (en un sistema autoritario y corrupto, en la endeble construcción de una sociedad civil nacional, en la impunidad de las fuerzas represoras del Estado y demás). La tierra donde los hombres acechan, cazan y despedazan a otros hombres. El lugar donde el orden social de los cadáveres ha perdido sentido. Vereda de desmembramientos, camino de brutalidad, masa sanguinolenta de carne humana descompuesta en plena calle. Un verdadero territorio zombi.

**4** En el ensayo “Regreso al futuro”, Héctor Aguilar Camín y Jorge G. Castañeda afirman que una especie de psicosis se ha apoderado del imaginario social mexicano actual y hace ver la realidad nacional en el espejo distorsionado del virtual estado de guerra civil en que se halla el norte del país. Que, en realidad, México de manera cierta enfrenta un problema grave de delincuencia organizada agresiva y teatral, pero que no lo es tanto como para afirmar que se está al borde del colapso sistémico o de la debacle del proyecto de estado-nación que acaba de cumplir doscientos años de existencia. Afirman contundentes: “... la violencia que llena los diarios no cubre toda la vida ni ocupa todo el espacio ni siquiera en las seis o siete ciudades de violencia crónica del crimen organizado. México no es más violento hoy que en el pasado, aunque sus crímenes tengan mayor visibilidad y aunque el crimen organizado tenga más recursos para corromper, reclutar y armarse que nunca en su historia”.<sup>7</sup> La exacerbación pública de los hechos de sangre que se suceden en tropel a lo

---

<sup>6</sup> Bowden, pp. 62-63.

<sup>7</sup> Véase, Aguilar Camín, Héctor y Castañeda, Jorge G., “Regreso al futuro” en *Nexos*, n° 396, diciembre del 2010, p. 36.

largo y ancho del territorio mexicano, pero muy particularmente “en las seis o siete ciudades de violencia crónica del crimen organizado” son contrarrestados con la normalidad clasemediera de la vida cotidiana en la totalidad de la República Mexicana. Negar esta última es, simplemente, realizar un ejercicio de fantasía escandalosa que poco ayuda y mucho estorba en la construcción de los escalones necesarios para llevar al país a la verdadera tierra del progreso de corte moderno. Es parte de la perenne distorsión introspectiva mexicana, la que ellos describen plásticamente como “un país ballena que se cree ajolote”.

Las afirmaciones de “Regreso al futuro” poseen el peso de los argumentos sólidos y de la facticidad comprobable. Pero hay un sesgo que los autores pasan por alto y despachan de un plumazo y que tiene que ver plenamente con la teoría del zombi. Las percepciones vocingleras de amplios sectores de la población sobre la salvaje descomposición social que se experimenta de manera generalizada en México, y que tiene su epicentro lo mismo en Juárez que en Nuevo Laredo, en Ciudad Chihuahua que en Reynosa, captan de manera inmediata un pánico arraigado en la especie humana: el miedo al contagio. Lo que en el nivel simbólico el sensacionalismo periodístico y de cotilleo de sobremesa recoge es el temor profundo a la desintegración de una realidad que, históricamente, se ha erigido sobre la fragilidad de su improbable avance a lo largo del tiempo: que la evolución del sistema social se detenga; que se modifique en sentido negativo, degradándose hasta la completa involución. Es un miedo paralelo al de la pérdida de la integridad física por microorganismos de los que nunca tenemos percepción directa, pero de cuyos ataques somos absolutamente conscientes.

El mito del zombi se vincula directamente con dicho temor. Los muertos vivientes deben su estado a un ataque infeccioso virulento y transmisible. El comportamiento prototípico de estos seres refleja una disminución casi completa de las funciones del neocórtex en favor de las respuestas animalescas del sistema límbico, particularmente la amígdala. El resultado es la transformación de las personas en seres abominables que sólo siguen sus impulsos primitivos, ajenos a cualquier dique conceptual, institucional o moral que pudiera haber existido antes de su transformación nefanda. Este mito, entonces, trabaja justo con el temor fundado de manera colectiva de perder lo ganado tras siglos de construcción civilizatoria global. Cuando se logra un cierto nivel de comodidad y de bienestar general con base en el modo de vida que conocemos, la retrotracción del mismo es impensable, salvo como un pánico neurótico que puede ser sublimado de maneras estéticas como son las historias de catástrofes, pandemias y riesgos incontrolados. Asimismo, la idea de los caminantes sin vida reta

directamente a las concepciones políticas que han sido ensayadas hasta el día de hoy.<sup>8</sup> Pensar al zombi como la otredad extrema entre nosotros, como aquel que un día fue hermano y hoy es depredador implacable pone a prueba las capacidades desarrolladas históricamente para mantener a flote el frágil cemento de la interacción virtuosa entre las personas. Las visiones mórbidas que Bowden recoge en su libro son precisamente esto: un lugar que ha comenzado a poblarse de antipersonas.

En una parte medular de su texto, Aguilar Camín y Castañeda afirman que Ciudad Juárez no es todo México. Dicen: “Los horrores deben ser medidos también en proporción al tamaño del país. No pocos interlocutores de Ciudad Juárez nos ‘miraron feo’ cuando les recordamos que su ciudad constituía el 1.3% de la población de México y que no todo México es Juárez sino que Juárez, en muchos sentidos, es la excepción de México”.<sup>9</sup> Eso es verdad. Pero, de acuerdo con la teoría del zombi, hay poderosas razones para pensar que quizá sea el caso índice de una infestación mayor. En la visión catastrofista de amplios sectores de la opinión pública, los medios privados y la vida cotidiana, lo que reina no es la medición fría y objetiva en términos de masa poblacional o de acotamiento territorial de la violencia desmedida, sino la posibilidad de que ésta migre y se expanda en el resto del territorio nacional. Porque la singularidad de Juárez en muchos sentidos puede convertirse en la singularidad del país en el concierto internacional. Los fundamentos anómalos que han dado lugar a la zombificación de la frontera norte mexicana no son excéntricos en el resto de la República. Debajo de la normalidad urbana que los intelectuales constatan en su ensayo, fluye un magma incandescente de incivilidad, salvajismo y abyección que en cualquier momento puede emerger a la superficie con fuerza y descontrol. En la consciencia profunda de un gran número de personas existe la claridad de que el lado oscuro del mundo puede cubrir con su sombra la luminosidad de lo normal en un abrir y cerrar de ojos, aun cuando de lo normal se hable regularmente con objetividad, triunfalismo o candor. Saben que quizá lo peor del desmoronamiento sistémico es la velocidad y la sorpresa con que este ocurre. Que quizá el día después de mañana tenga al país entero en medio de la peor de las infecciones, insidiosa e incurable: el oleaje imparable de la violencia sin freno como fundamento irredento de la interacción entre los hombres.

---

<sup>8</sup> Tal es, a no dudar, el sentido del provocador artículo de Daniel W. Drezner, “Night of the Living Wonks” en *Foreign Policy* 180 (julio-agosto del 2010, pp. 34-38).

<sup>9</sup> “Regreso al futuro”, p. 36.